

# Conéctate

CAMBIA TU MUNDO CAMBIANDO TU VIDA

## **EL COLOR DEL AMOR**

Borremos las fronteras  
étnicas

## **LA PRISIONERA**

Rompe los grilletes  
del resentimiento

## **LA PAZ DE DIOS**

Está a tu alcance

Disponemos de una amplia gama de libros, casetes, compactos y videos que alimentarán tu espíritu, te infundirán ánimo, ayudarán a tu familia y proporcionarán a tus hijos amenas experiencias educativas. Escribe a una de las direcciones que se indican a continuación o visítanos en: [www.conectate.org](http://www.conectate.org)

## México:

Conéctate  
Apartado Postal I-719  
Mitras Centro  
Monterrey, N.L., 64000  
[conectate@conectate.org](mailto:conectate@conectate.org)  
(01-800) 714 47 90 (número gratuito)  
(52-81) 81 23 06 05  
(52-81) 81 34 27 28 (fax)

## Argentina:

Casilla 10  
Correo de Mendoza  
M- 5500  
[conectateconosur@conectateac.com](mailto:conectateconosur@conectateac.com)

## Colombia:

Conéctate Colombia  
Apartado Aéreo 85178  
Bogotá  
[conectate@coldecon.net.co](mailto:conectate@coldecon.net.co)  
(1) 7586200

## Chile:

Conéctate  
Casilla de correo 14.702  
Correo 21  
Santiago  
(09) 94 69 70 45

## España:

Conéctate  
Apdo.626  
28080 Madrid  
(34) 658640948

## Resto de Europa:

Activated Europe  
Bramingham Pk. Business Ctr.  
Enterprise Way  
Luton, Beds. LU3 4BU  
Inglaterra  
[activatedeurope@activated.org](mailto:activatedeurope@activated.org)  
(44-0) 845 838 1384

## Estados Unidos:

Activated Ministries  
P.O. Box 462805  
Escondido, CA 92046-2805  
[info@activatedministries.org](mailto:info@activatedministries.org)  
(1-877) 862 32 28 (número gratuito)



## A NUESTROS AMIGOS

Hace algunos años se puso de moda una canción que pregonaba la eliminación de todos los males de la sociedad. No recuerdo exactamente la letra, pero en esencia decía: «Si yo fuera rey del mundo, haría las cosas de otra forma». No habría más guerras, ni odios, ni sufrimiento, ni ninguna de las calamidades que aquejan a nuestro planeta.

Si bien se trataba de un noble ideal, al menos a primera vista, no tenía en cuenta un importante factor: Dios nos ha dado a todos libre albedrío, la facultad de elegir. En ese sentido, cada uno de nosotros es «rey del mundo». Puede que no tengamos autoridad sobre todo el orbe ni podamos tener un efecto visible en el orden del universo; pero sí se nos ha encargado que gobernemos nuestro pequeño mundo. Dependiendo del acierto con que lo hagamos, a partir de ahí podemos tener una influencia positiva en todo lo que nos rodea.

La reina Isabel I de Inglaterra afirmó en una ocasión: «Ser monarca y lucir una corona resulta más glorioso para el observador que para quien debe cargar con ella». Dicho de otro modo, no siempre es fácil gobernar, y menos aún hacerlo con sabiduría y justicia. En nuestro propio *reino*, por así decirlo, se aplica lo mismo. Tenemos a un tiempo dominio y responsabilidad.

Es más, si evalúas con franqueza tu entorno, creo que llegarás a la conclusión de que es humanamente imposible gobernar siempre con buen tino. No siempre se acierta, y tampoco se puede esperar que lo hagan los demás. «Todos pecaron, y están destituidos de la gloria [perfección] de Dios»<sup>1</sup>.

Lo alentador es que, aunque nosotros fallemos, Dios puede y quiere obrar por intermedio de nosotros<sup>2</sup>. Eso no implica que vayamos a alcanzar la perfección de un momento a otro, sino que si acudimos a Él, paulatinamente nos irá dando el amor, la humildad, el buen criterio, la comprensión y todo lo demás que necesitamos para *gobernar con justicia*. Con Su ayuda podemos lograr lo humanamente imposible: amar sin parcialidad<sup>3</sup>.

Gabriel  
En nombre de Conéctate

<sup>1</sup> Romanos 3:23

<sup>2</sup> Mateo 19:26; Filipenses 4:13

<sup>3</sup> Mateo 5:43-48

AÑO 9, NÚMERO 10 Octubre de 2008  
DIRECTOR Gabriel Sarmiento  
ILUSTRACIONES David Komik  
DISEÑO Giselle Lefavre  
PORTADA James Paige  
PRODUCCIÓN Jessie Richards

© Aurora Production AG, 2008 <http://es.auroraproduction.com>

Es propiedad. Impreso en Taiwán por Chanyi Printing Co., Ltd.

A menos que se indique otra cosa, los versículos citados provienen de la versión Reina-Valera, revisión de 1960, © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina;

© renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizados con permiso.

# LA PRISIONERA

Nyx Martínez

EN SU MANO TEMBLOROSA SUJETABA el celular. No quería leer el mensaje de texto que acababa de recibir. Pero era la respuesta que ella misma había pedido.

Llevaba un mes esperando a que él volviera; la última semana había sido un tormento. Cuando él la llamó el día anterior para decir que estaba de regreso en la ciudad, a ella le había dado un vuelco el corazón. Resultó que él había vuelto cuatro días antes, pero no se había comunicado con ella. Hablaron de temas triviales y se rieron, y cuando ella le preguntó cuándo lo vería, él respondió con evasivas.


Hoy se había propuesto averiguar qué quería hacer él y le había enviado un mensaje de texto preguntádoselo.

La contestación fue precisamente la que temía. No volvería con ella. Ya lo había decidido.

¿Cómo era posible que ella hubiera cometido nuevamente el mismo error? ¿Cómo podía haberse olvidado tan rápido? Porque no era la primera vez. Ya le había pasado con otros. Siempre pensaba que iba a ser diferente, que todo iba a salir bien. Pero cada nueva relación terminaba como las anteriores, con una fría y breve nota o llamada telefónica. Esta acababa con una pregunta: «¿Podemos seguir siendo amigos?» ¡Qué descarol!

Ella ya lo había presentado; de esa forma Dios la había preparado para la decisión que su novio ya había tomado. Ella le había insistido a Dios, y después de recibir la nota, se puso a discutir con Él. No estaba conforme con la situación. No se merecía algo así.

Se acostó temprano con la intención de dormirse y olvidarlo todo. Pero no dejaba de dar vueltas en la cama. Los recuerdos de los momentos felices que habían compartido se le aparecían como instantáneas en las que reían y disfrutaban juntos. Cada recuerdo era a cuál más doloroso. ¡Cuánto



«El perdón es la llave que abre la puerta del resentimiento y las esposas del odio. Es la fuerza que rompe las cadenas del rencor y los grilletes del egoísmo».  
E. C. McKenzie

había perdido! ¿Cómo iba a olvidar el daño que él le había hecho?

Eso. Se volvería insensible. ¡Esa era la solución! Los daría a todos por imposibles. Sería una mujer con el corazón de piedra.

En principio, la idea le pareció genial; pero ¿de verdad quería vivir así?

No lograba conciliar el sueño. Se incorporó, se arrimó a la computadora y se puso a repasar los títulos de su biblioteca digital. ¡Vaya coincidencia! El primero que le llamó la atención fue *El resentimiento y el perdón*.

Una voz interior le gritó: «¡No lo abras!» Otra le susurró: «Hazlo y serás libre».

Lo abrió y se puso a leerlo. No era la primera vez que lo leía, pero en esa ocasión las palabras cobraron nuevo significado.

Hablaba de personas que habían pasado por experiencias peores que la suya, de mujeres que habían padecido abusos indecibles, de padres que habían perdido a sus hijos en accidentes o asesinados, de familias separadas por la guerra. Sin embargo, cada una de esas personas aprendió a perdonar.

Así pasó una hora, luego otra. Conforme leía se dio cuenta de que muchas de sus heridas estaban causadas por el resentimiento al que se había abandonado a raíz de fracasos sentimentales.

En esas dos horas sus circunstancias no cambiaron en absoluto, pero ella sí. Se renovó por dentro... o casi. Sabía que había algo más que tenía que hacer.

Decidió mandar un e-mail y para ello abrió una pantalla en blanco. Ahí se iniciaría el proceso de curación. Solucionaría el problema de inmediato, no desquitándose, sino con verdadero amor. Comenzó a escribir:

*Mentiría si dijera que no me sentó mal tu decisión; pero sé que mi curación interior empieza por contarte las decisiones que he tomado yo. Pedí a Dios que me ayudara a ver desde Su perspectiva el tiempo que hemos pasado juntos y nuestra separación. Ahora me doy cuenta de que Él quiere valerse de ambas cosas para dejarme enseñanzas vitales. También sé que no reaccioné como hubiera debido a tu decisión, porque no lo hice con amor.*

*«El amor es sufrido, es benigno; el amor no tiene envidia, el amor no es jactancioso, no se envanece; no hace nada indebido, no busca lo suyo, no se irrita, no guarda rencor» (1 Corintios 13:4,5).*

*Hasta ahora había llevado un registro mental de las malas pasadas que me hacían. «Fulano me hizo esto.» «Mengano, aquello.» «Zutano me volvió a herir.» Tras recibir tu mensaje, estuve a punto de añadir otro agravio a la lista. Ahora entiendo que eso no haría otra cosa que perjudicarme.*

*Esta noche he aprendido que Dios no borra forzosamente los malos recuerdos, sino que les da la vuelta, de modo que dejen de ser factores importantes que incidan en nuestro sentir, pensar o actuar. Ahora me interesa más tu felicidad que la mía. Quiero perdonar para descubrir lo que significa deshacerme de verdad del resentimiento. Esta noche me topé con una frase que a mi juicio me ayudará a hacer precisamente eso: «Perdonar es poner en libertad a un prisionero... y descubrir que ese prisionero eras tú».*

*¿Me perdonas y aceptas mi perdón? Por supuesto que podemos seguir siendo amigos. Seremos mejores amigos por haber vivido juntos esta experiencia.*

Seguidamente dio el último paso pulsando el botón *Enviar*. La carta salió, llevándose consigo el dolor y el resentimiento y liberándola.

Este es un caso verídico. Lo sé muy bien, porque la prisionera era yo.

**NYX MARTÍNEZ ES MISIONERA DE LA FAMILIA INTERNACIONAL Y VIVE EN LAS FILIPINAS. ●**

# EL PERDÓN

«SEÑOR, HAZ QUE TODA LA GENTE MALA sea más buena —rezó un pequeñito— y que toda la gente buena sea más amable». Lamentablemente, en este mundo imperfecto en que vivimos a veces nos toca coexistir con personas que no siempre son buenas. Otras veces, en cambio, nos topamos con personas que encajan en el perfil de *buenas*, pero no siempre son muy amables. Todos nos hemos encontrado en situaciones en las que nos han tratado injustamente o nos han juzgado mal, y seguramente nos volverá a suceder.

En casos así, conviene recordar que nosotros tampoco hemos sido siempre buenos o amables. «No juzguéis, para que no seáis juzgados —dice la Biblia—. Porque con el juicio con que juzgáis, seréis juzgados, y con la medida con que medís, os será medido»<sup>1</sup>. Eso debería hacernos reflexionar un poco acerca de nuestra actitud con los demás, sobre todo con quienes nos han hecho algún daño, pues el trato que les demos será ni más ni menos el que recibiremos. «Eres inexcusable, oh hombre, quienquiera que seas tú que juzgas; pues en lo que juzgas a otro, te condenas a ti mismo; porque tú que juzgas haces lo mismo»<sup>2</sup>.

Quizá te sientas impulsado por cierto afán de venganza y pienses que tienes que herir como te han herido. No guardes rencor. Nada te amargarán más la vida y echará a perder tu felicidad como dar cabida al resentimiento en tu corazón. Cuidado, «no sea [...] que brotando alguna raíz de amargura, os estorbe, y por ella muchos sean contaminados»<sup>3</sup>. Es mucho mejor perdonar y olvidar la injusticia sufrida. Ama

a quienes te ofendan, compadécete de ellos y reza por ellos; luego deja el asunto en manos de Dios<sup>4</sup>.

Dios está al tanto. Además, Su Palabra es bien tajante en cuanto a perdonar a quienes han obrado mal con nosotros, por muy injusto que nos parezca el trato que hemos recibido. Jesús dijo: «Si no perdonáis a los hombres sus [faltas], tampoco vuestro Padre os perdonará vuestras [faltas]»<sup>5</sup>, y: «También Mi Padre celestial [os castigará a] vosotros si no perdonáis de todo corazón cada uno a su hermano sus [faltas]»<sup>6</sup>.

No es posible hacer eso por nosotros mismos; perdonar es contrario a la naturaleza humana. Es preciso que Jesús actúe en nosotros y por medio de nosotros. Cuéntaselo, pídele que te limpie el corazón de cualquier animosidad o resentimiento que podría estar arraigando en ti y encomiéndale a Él la situación. Además, la próxima vez que pienses en esa persona o situación, no permitas que te embarguen otra vez esos sentimientos negativos. Así Él podrá obrar a tu favor, sanar tu espíritu, librarte de ese lastre y ayudarte a seguir adelante. A uno normalmente no le nace hacer eso; sin embargo, es la solución divina.

Si te han herido, recuerda que Él quiere ayudarte. Pero está a la espera de que tú des el primer paso. ¿Cómo? Perdonando. •

<sup>1</sup> Mateo 7:1,2

<sup>2</sup> Romanos 2:1

<sup>3</sup> Hebreos 12:15

<sup>4</sup> Mateo 5:44-48; 1 Pedro 3:9

<sup>5</sup> Mateo 6:15

<sup>6</sup> Mateo 18:35

# HUMANAMENTE IMPOSIBLE

Hay ocasiones en que sufrimos una ofensa y nos cuesta perdonar a quien la cometió.

El ejemplo de otras personas que han perdonado ultrajes mucho peores nos ayuda a ver las cosas desde otra perspectiva.

Cuando ellos hablan del perdón, el mundo escucha.

En el momento en que se plantea la posibilidad de perdonar surge el temor de que el mal quede impune. Es como si perdonar significara renunciar al derecho a castigar la maldad.

A pesar de ello debo considerar el efecto que tiene la maldad en mí. Me induce a reaccionar con la misma virulencia y a pagar mal por mal. Veo entonces todo a través de la oscura lente del mal. Eso me paraliza y me enajena de la vida. Perdonar significa despedirse de la maldad para no volver a dejarnos manipular por ella.

Puede que el proceso de reconciliación lleve algún tiempo, pues la otra parte también tiene que reconocer sus faltas. Sin embargo, una vez que doy lugar al perdón ya no tengo que esperar ni perder el tiempo. El perdón me concede libertad para amar ahora. Cuando alcanzamos esa libertad, caemos en la cuenta de que quienes han hecho el mal son ellos mismos víctimas de él.

Padre Andrija Vrane, sobreviviente Croata de la guerra de Yugoslavia de los años 90.

El amor con que han tratado ustedes a mi familia ha contribuido a traernos ese alivio que tanto nece-

sitábamos. Los regalos que nos han hecho nos han conmovido hasta lo indecible. La compasión que nos manifestaron trasciende los límites de nuestra familia, de nuestra comunidad. Está transformando nuestro mundo. Por ello, les estamos profundamente agradecidos.

Palabras de Marie Roberts, viuda de Charles Roberts, en una carta abierta dirigida a sus vecinos de una comunidad Amish para agradecerles su perdón, gracia y misericordia. (La mañana del 2 de octubre de 2006, Charles Roberts se presentó en la escuelita de la comunidad Amish del condado de Lancaster, EE.UU., tomó como rehenes a 10 niñas, las amarró, les disparó y finalmente se suicidó. Cinco de las pequeñas —todas ellas Amish— murieron. El perdón manifestado por los Amish, no solo de palabra, sino con actos de amor hacia la familia Roberts, desolada por la tragedia, dejó pasmados a comentaristas de todas las latitudes.)

«¿Por qué habría de perdonar yo a alguien que no se muestra arrepentido?», suelen preguntarme. Les contesto: «La vida es muy corta para quedarme esperando a que alguien me pida perdón». Para mí, perdonar a alguien no depende de que me pida perdón. Esa no es una condición previa. El padrenuestro no dice: «Te ruego que me perdones para que pueda perdonar a los demás». Jesús nos enseñó que debemos perdonar antes de pedir perdón.

Stella Sabiiti, que fue torturada en los años 70 durante el régimen del dictador ugandés Idi Amin. Actualmente es directora ejecutiva de CECORE, una ONG sin fines de lucro fundada en 1995 por un grupo de mujeres que aspiran a promover medios alternativos y creativos de prevenir, manejar y resolver conflictos. La señora Sabiiti ha llevado su mensaje de perdón y reconciliación a los cinco continentes y ha contribuido a resolver conflictos sangrientos en más de media docena de países africanos.

Me conmovió profundamente. Percibí la sinceridad de su arrepentimiento. Me gustaría tomarlo de la mano y hacerle ver que hay futuro, que todavía puede cambiar.

Pearl Faku, de Sudáfrica, explicando por qué perdonó a Eugene de Kock, el hombre que en la era del apartheid planificó un atentado con bombas en el distrito de Motherwell que segó la vida de su marido y de otras tres personas.

Fue en un culto en una iglesia de Munich donde vi al ex agente de las SS que había montado guardia en la puerta de la sala de duchas del centro de distribución de prisioneros de Ravensbrück. Era el primer carcelero que veía de la época en que había estado recluida en ese campo de concentración. De repente, reviví toda la experiencia: la sala llena de hombres que se burlaban, las pilas de ropa, el rostro de [mi hermana] Betsie, pálido de dolor. El hombre se me acercó con el rostro radiante cuando ya se estaba vaciando la iglesia e inclinándose reverentemente me dijo: «¡Cómo le agradezco su mensaje, Fräulein! ¡Pensar que, como usted dice, Dios ha borrado mis pecados!» Extendió la mano para estrechar la mía, y yo, que tantas veces

había predicado la necesidad de perdonar, mantuve la mía pegada a mi cuerpo. En ésas, mientras los sentimientos de ira y de venganza bullían dentro de mí, me di cuenta de que eran pecado. Jesucristo había muerto por aquel hombre; ¿iba yo a pedir más? «Señor Jesús —rogué—, perdóname y ayúdame a perdonarlo».

Esbocé una sonrisa. Luché por extender la mano. No podía. No sentía nada, ni la chispa más insignificante de afecto o caridad. Una vez más despaché en silencio una oración: «Jesús, no puedo perdonarlo. Ayúdame a transmitirle Tu perdón».

Cuando finalmente estreché su mano, ocurrió algo increíble. Tuve la sensación de que una corriente me recorría el hombro, el brazo y la mano, y de que se la traspasaba a aquel desconocido. Y en ese momento nació en mi corazón un amor hacia él que me sobrecogió. Así descubrí que la curación del mundo no depende ni de nuestro perdón ni de nuestra bondad, sino del perdón y de la bondad divinos. Cuando Dios nos señala que amemos a nuestros enemigos, nos da, junto con el mandamiento, el amor mismo.

Corrie ten Boom, sobreviviente holandesa de los campos de concentración nazi de la Segunda Guerra Mundial, En los que murieron su padre y su hermana. ●



# EL COLOR DEL AMOR



Michael Roy

Los hay negros, los hay blancos.  
Los hay falsos, los hay francos.  
Los hay pobres, los hay ricos.  
Hay violentos y hay pacíficos.

Hay amarillos y hay morenos.  
Los hay malos, los hay buenos.  
Unos flotan, otros naufragan.  
Unos llegan lejos, otros se rezagan.

Los hay verdes, los hay rojos.  
Los hay activos, los hay flojos.  
Unos dicen que sí, otros que no  
y otros son como un yoyó.

Más allá de clases y razas,  
un mismo espíritu nos enlaza.  
Indios, europeos o africanos,  
somos iguales, somos hermanos.

EN LOS ÚLTIMOS AÑOS HEMOS VISTO o leído los horrores que pueden derivar de una escalada de animosidad entre pueblos de distinta raza, ideología o religión. Las confrontaciones étnicas en la región de Darfur, en Sudán, la violencia política en Kenia y Sri Lanka, los conflictos sociales en Colombia y otros países latinoamericanos, los continuos derramamientos de sangre en Oriente Medio, las incesantes matanzas que ocurren en Afganistán y en Irak, y los innumerables conflictos raciales que tienen lugar en muchas otras partes del planeta atestiguan que la especie humana vive momentos aciagos. Hoy en día, más del 75 por ciento de los muertos o heridos en guerras no son combatientes.

¿Nadie puede ponerle coto a todo esto? ¿Podría un ente supranacional decretar que la gente de todos los países, razas y credos debe respetar y aceptar a todas las demás, cualesquiera que sean sus diferencias? Lamentablemente, aunque algún organismo tuviera autoridad para promulgar tal decreto, no daría resultado. La bondad, la comprensión y el amor deben emanar del corazón; no se pueden imponer a fuerza de leyes.



Aceptar y respetar de buenas a primeras a una persona de distinta extracción que tú cuando te han enseñado desde pequeño que tu raza, religión o cultura son mejores es tarea nada desdeñable. Todavía más difícil resulta aceptar de pronto a una persona de una raza que sabes que durante años o quizás siglos ha explotado a tu pueblo o le ha causado sufrimientos, humillaciones y vejaciones.

Cuando alguien ha sido expoliado, ha perdido su hogar o su tierra, o de algún modo ha sufrido en carne propia violencia o crueldad de parte de otro grupo étnico, no hay edicto capaz de cambiar las actitudes de la víctima de la noche a la mañana. Aunque realmente quiera reconciliarse con sus opresores, es muy difícil desembarazarse de hábitos de larga data, y no hay fuerza de voluntad —por férrea que sea— capaz de superar el resentimiento o el odio profundamente arraigados.

¿Cómo se hace, entonces, para superar los prejuicios, el miedo y la desconfianza? La respuesta puede resumirse en una sencilla palabra: con amor.

«El odio despierta rencillas; pero el amor cubrirá todas las faltas»<sup>1</sup>. Cuando una de las partes abriga odio hacia la otra, se generan desacuerdos y conflictos. El amor verdadero, en cambio, nos lleva a ver más allá de las faltas ajenas, y nos motiva a aceptar y perdonar a una persona a pesar de que nos haya perjudicado.

Pasar por alto los defectos y errores ajenos parece una aspiración muy noble; pero ¿quién es capaz de deshacerse instantáneamente del resentimiento, el odio, el miedo o cualquier otro sentimiento negativo que abrigue contra una persona o incluso contra un pueblo entero? A la mayoría nos falta la determinación y la entereza para ello.

Lo alentador es que, pese a nuestros limitados recursos humanos, podemos amar sinceramente, comprender y aceptar a los demás, sea cual sea su pasado u origen. La clave para ello está en la fuente de todo amor: el propio Dios. La Biblia enseña que «Dios es amor»<sup>2</sup>. Es el Espíritu de amor que creó el universo y nos infundió la vida.

Para que captáramos Su esencia, se rebajó a nuestro nivel, enviando a la Tierra a Su Hijo Jesucristo, que adoptó forma humana. Toda la obra que llevó a cabo Jesús tuvo por fundamento el amor. Al atender las necesidades físicas y espirituales de la gente, conoció el sufrimiento humano y tuvo gran compasión de nosotros. Se hizo verdaderamente como uno de nosotros.

Nos enseñó que podemos cumplir todos los preceptos divinos obedeciendo un solo gran mandamiento: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo»<sup>3</sup>.

En cierta ocasión, un adversario de Jesús le oyó enseñar esa doctrina y lo interpeló públicamente: «¿Quién es mi prójimo?» Jesús le respondió con la parábola del buen samaritano, en la que dejó claro que el prójimo es todo el que necesite nuestra ayuda, sin distinciones de raza, credo, color, nacionalidad o cultura<sup>4</sup>.

Podemos amar al prójimo y contribuir a traer paz al mundo. Basta con que entreguemos nuestro corazón al Príncipe de Paz —Jesús<sup>5</sup>— y le pidamos que nos infunda ese amor por nuestros semejantes que tanta falta nos hace. En el momento en que sintonizamos con el Dios del amor, Su Espíritu dentro de nosotros nos capacita para hacer lo que de otro modo nos resultaría imposible: amar realmente al prójimo como nos amamos a nosotros mismos.

La Biblia dice de Jesús: «Él es nuestra paz, que de ambas [razas] hizo una, derribando la pared intermedia de separación»<sup>6</sup>. El amor de Dios es la única fuerza que puede forjar la paz auténtica, la unidad y el respeto mutuo.

«El hombre mira lo que está delante de sus ojos, pero el Señor mira el corazón»<sup>7</sup>. Aunque a nosotros no nos salga natural, al permitir que el Espíritu de Dios more en nosotros



<sup>1</sup> Proverbios 10:12

<sup>5</sup> Isaías 9:6

<sup>2</sup> 1 Juan 4:8

<sup>6</sup> Efesios 2:14

<sup>3</sup> Gálatas 5:14

<sup>7</sup> 1 Samuel 16:7

<sup>4</sup> Lucas 10:25-37

nos imbuimos de la naturaleza divina<sup>1</sup>. Solo entonces somos capaces de ver a las personas desde Su óptica y de obviar el color de la tez para fijarnos más bien en su corazón y en su espíritu.

Aun cuando el temor, los prejuicios y el odio lleven años de arraigo, el amor de Dios puede disiparlos. Una vez que nos percatamos de que Él nos ama y nos ha perdonado, nos resulta mucho más fácil amar y perdonar a los demás. Podemos vaciarnos de «toda amargura, enojo, ira, gritería y maledicencia, y toda malicia», y ser «benignos unos con otros, misericordiosos, perdonándonos unos a otros, como Dios también nos perdonó a nosotros»<sup>2</sup>.

Si abrimos nuestro corazón a Jesús, Él puede librarnos milagrosamente de la esclavitud del odio y la discriminación. «Si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí, todas son hechas nuevas»<sup>3</sup>.

Mucho más amable sería el mundo si no distinguiéramos entre un color de piel y otro y no tuviéramos conciencia étnica, si lo único que percibiéramos al mirar a una persona de otra raza fuera el amor, el color del amor. Y es posible, «porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús»<sup>4</sup>.

¿Te gustaría tener ese amor por tus semejantes? Está a tu alcance. Basta con que lo pidas. Dios te ama tanto que envió a Jesús para que ofrendara Su vida por ti. «De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a Su Hijo unigénito [Jesús], para que todo aquel en Él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna»<sup>5</sup>.

Jesús te perdonará de buen grado todos tus pecados y te dará vida eterna. Recíbelo ahora mismo haciendo sinceramente una sencilla oración como la que sigue:

*Jesús, quiero conocerte. Gracias por morir por mí. Te ruego que me perdones todo lo malo que he hecho. Te abro la puerta de mi corazón y te pido que me des vida eterna. Lléname de amor y ayúdame a ser más tolerante con mi prójimo, sea quien sea. Amén.*

La Biblia revela que pronto llegará el día en que Jesús retornará «con poder y gran gloria» para establecer en la Tierra el Reino de Dios. Los regímenes explotadores y elitistas de los hombres tocarán a su fin cuando «los reinos de este mundo vengán a ser los reinos del Señor»<sup>6</sup>.

Todas las fronteras étnicas desaparecerán, y la gente pacífica del mundo se unirá en auténtica armonía. «Todos los pueblos, naciones y lenguas [...] servirán [al Señor]; su dominio [será] eterno. No alzaré espada nación contra nación, ni se adiestraran más para la guerra»<sup>7</sup>. ●

## LECTURAS ENRIQUECEDORAS

### La tolerancia

*Dios quiere que vivamos en paz a pesar de nuestras diferencias.* 1 Corintios 9:19-22  
Efesios 4:3  
Filipenses 4:8

Levítico 19:34a  
Salmo 34:14  
Romanos 12:18  
1 Tesalonicenses 5:15

*La tolerancia requiere paciencia y perdón.*

Mateo 18:21,22  
Lucas 17:4  
Romanos 15:5  
1 Corintios 13:4a  
Colosenses 3:12,13

*La tolerancia se forja buscando puntos en común.*

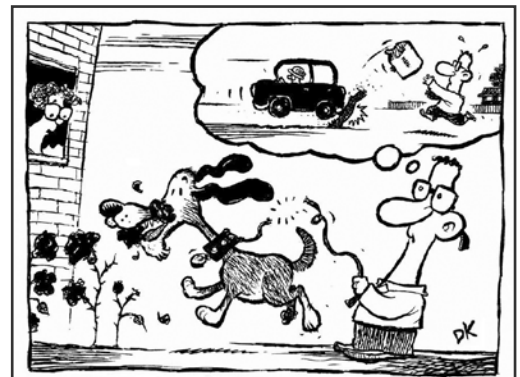
Romanos 14:19

*Debemos ser tolerantes, del mismo modo que agradecemos las muestras de tolerancia de los demás.*

Mateo 7:12  
Lucas 6:31-33

*Dios nos pide que seamos tolerantes.*

Mateo 5:9  
Mateo 5:43-48  
Efesios 4:32  
Filipenses 2:3  
Hebreos 12:14



Al ver a su perro abalanzarse sobre las preciosas rosas de la señora Ojeda, don Crisanto se acordó aliviado de la vez en que él la había perdonado por romperle el buzón, cuando a ella se le trabó el acelerador del auto al dar marcha atrás.

<sup>1</sup> 2 Corintios 3:18; Efesios 4:23,24; Colosenses 3:10

<sup>2</sup> Efesios 4:31,32

<sup>3</sup> 2 Corintios 5:17

<sup>4</sup> Gálatas 3:28

<sup>5</sup> Juan 3:16

<sup>6</sup> Apocalipsis 11:15

<sup>7</sup> V. Daniel 7:14; Isaías 2:4

Aunque sepamos  
que todo tiene dos  
lados, limitémonos  
a mirar el positivo.  
Mahatma Gandhi



A LA PAZ POR LA SENDA DE LA ALABANZA

## Ejercicio espiritual

**E**L DÍA ESTÁ ESPINOSO. Tuviste una contrariedad en el trabajo. Te enfrascaste en una discusión intrascendente con tu cónyuge. Recibiste una mala noticia: la salud de un familiar se deterioró. Se te manchó tu prenda preferida. Se produjo un escape en un caño de la cocina. Parece que llueve sobre mojado.

La próxima vez que las circunstancias te abatan, prueba el siguiente ejercicio espiritual.

El concepto es sencillo. Jesús es el Príncipe de Paz<sup>1</sup>. No hay mayor paz que la que se alcanza comulgando con Él. La Biblia nos presenta un método eficaz para acercarnos a Él: entrar en Su presencia con acción de gracias y alabanza<sup>2</sup>.

Cuando alabamos a Dios incluso por las dificultades que padecemos, descubrimos el gozo divino, el cual nos proporciona fuerzas<sup>3</sup> para sobreponernos a la adversidad. La alabanza nos infunde alegría, y ésta nos comunica fuerzas. Al alabar al Señor nos olvidamos de nosotros mismos y de nuestros problemas y preocupaciones. El hecho de no pensar en nosotros, sino más bien en Él y en Su bondad, nos trae alegría. Embargados de ese gozo soltamos el lastre de nuestras aflicciones, preocupaciones, dudas o aprensiones.

Recógete en un rincón tranquilo. En realidad no tiene importancia dónde realices el ejercicio; lo importante es poder contar con 10 ó 15 minutos de paz y tranquilidad.

Haz un repaso mental de todas las cosas que te disgustaron hoy, de todos los problemas, tanto grandes como pequeños. Al recordar cada uno, dirige tus pensamientos hacia Jesús y dale las gracias por ayudarte a hacer frente a ese problema y superarlo, y por el hecho de que no fue nada peor.

Piensa en cosas y hechos concretos. Expresa tu gratitud por cada una de esas dificultades, una por una. Por ejemplo: «Gracias, Jesús, que ese malentendido se arregló para la hora de almuerzo y que ahora entiendo mejor las expectativas de mi jefe». O: «Te agradezco que la abuela no haya perdido el buen humor a pesar de su enfermedad y que tenga un médico competente. Gracias por cuidar de ella en estos momentos», y así sucesivamente.

No tardarás en sentirte mejor. Ya verás. Ahora tómate unos minutos para agradecerle todo lo bueno que te sucedió hoy. Repasa el día cronológicamente. Te asombrarás al ver cuántas cosas lindas ocurrieron.

Este es un ejercicio estupendo para realizar a diario, no solo cuando la jornada sea particularmente difícil. Cultiva el hábito de alabar a Dios por todo lo que te sucede: lo bueno y lo malo, lo lindo y lo feo, lo alegre y lo triste. Así tendrás paz y contentamiento. ●

<sup>1</sup> Isaías 9:6

<sup>2</sup> Salmo 100:4

<sup>3</sup> Nehemías 8:10



# DE HIROSHIMA AL PARAÍSO

Teiko Frampton

EL PRIMER PAR DE OJOS AZULES que vi en mi vida fueron los de un aviador de las Fuerzas Aéreas de Estados Unidos que estaba por abrir fuego sobre mi madre y sobre mí. Yo tenía diez años y estaba ayudándola a juntar naranjas en unos cerros cuando un escuadrón norteamericano sobrevoló nuestra isla en dirección al puerto cercano a Hiroshima. Uno de los cazas se apartó de los demás y se dirigió directamente hacia donde estábamos. Mi madre gritó: «¡Viene por nosotras!»

Corrimos para resguardarnos bajo unos árboles grandes, pero nos dimos cuenta de que no llegaríamos a tiempo. Mi madre me tomó en sus brazos con la certeza de que sería la última vez que lo haría, y las dos nos quedamos mirando hacia arriba aterrorizadas. En ese momento nuestra mirada se cruzó con la del joven piloto. Quizás al ver que éramos una mujer y una niña indefensas, cambió

de idea, pues no abrió fuego, sino que alzó el vuelo y se perdió detrás de la montaña.

Yo nací en una de las hermosas islas del Seto-Naikai (Mar Interior de Seto), en la provincia de Hiroshima, es decir, en la parte occidental de Japón, el 7 de enero de 1934. Tenía siete años cuando estalló la Segunda Guerra Mundial. A consecuencia de la escasez causada por ese conflicto armado, mis padres se vieron obligados a cerrar su tienda de ropa y tomar cualquier empleo que encontrarán. Terminaron trabajando como peones agrícolas.

Tenía 11 años el 6 de agosto de 1945. De golpe, a las 8:15 de la mañana, todo se oscureció. A la oscuridad siguió una deslumbrante luz violeta. Luego se produjo un estruendo terrorífico, seguido de un temblor que sacudió la tierra. Las fuerzas estadounidenses habían arrojado la primera bomba

atómica en la ciudad de Hiroshima. Las sirenas de alarma comenzaron a sonar, y todas las personas que había en mi pequeño colegio se dispersaron silenciosamente para ponerse a cubierto.

Muchos de mi pueblo se dirigieron rápidamente a Hiroshima para averiguar qué había pasado. Allí descubrieron que la explosión había acabado con la vida de prácticamente todos los que estaban en un radio de 2 kilómetros del centro de la ciudad, y que otros sufrían agonías espantosas.

La gente regresó al pueblo con el corazón destrozado. Los que se aventuraron hasta Hiroshima descubrieron más tarde que ellos mismos sufrían de una extraña enfermedad de la que no sabían nada: la radiotoxemia, que a la larga segó muchas vidas y condenó a numerosas personas a sufrir por el resto de sus días.

Como es de imaginarse, aquellos acontecimientos generaron en mí un hondo resentimiento contra los estadounidenses y los extranjeros en general, que albergué durante años.

Más tarde estudié enfermería en el Hospital Universitario de Osaka. Trabajé 30 años y llegué a ser lo que muchos considerarían una enfermera jefe muy competente en el prestigioso hospital estatal de Osaka. Aunque no era consciente de que a raíz de mis experiencias durante la guerra el resentimiento hacia los extranjeros había arraigado profundamente en mí, si alguno ingresaba en mi sala me mantenía distante y ponía a otras enfermeras para que lo atendieran.

A causa de una afección cardíaca me retiré cuando tenía cincuenta y tantos años, y me mudé a un bello lugar de la costa del Pacífico denominado Shionomisa, al sureste de Osaka. Allí viví con un amigo de muchos años que también acababa de retirarse.

La vida en aquel entorno, junto al mar, donde disfrutaba de la pesca y la naturaleza, fue un paraíso para mí los dos o tres primeros años. Pero al cabo de un tiempo me invadió la tristeza y la depresión, pues no le veía sentido a la vida.

Fue mi hermana mayor, Lidia, la que me dio a conocer la fe en Jesús. Me explicó que si simplemente le pedía a Jesús que entrara en mi corazón, hallaría el amor, la verdad y la felicidad que tanto necesitaba. Pese a que no tenía ningún interés en Dios, recé para aceptar a Jesús por respeto a ella.

Nuestra vida tranquila junto al mar no duró mucho. Mi entrañable amigo sufrió un derrame cerebral, entró en coma y murió dos días después. Aquello me entristeció tanto y me llevó a tal grado de desesperanza que consideré la posibilidad de suicidarme.

Lidia lo percibió. Abrió su Biblia y me mostró un versículo sobre la esperanza; pero yo no lograba entender nada. Seguidamente me habló del amor de Jesús y me dijo que Él podía sanar mi corazón. Llevábamos varias horas conversando cuando ella advirtió repentinamente que la expresión de mi rostro se había transformado por completo. Me dijo que me mirara al espejo. Noté que mi cara había cambiado tanto que volvía a verme como una niña feliz y sonriente.

Lidia siguió hablándome de Jesús y Su amor, de Su vida y Su poder. En poco tiempo descubrí que la partida de mi amado compañero ya no me resultaba tan dolorosa. Me sentí rodeada por los brazos de Jesús.

Llegué a entender aquellas cosas no tanto a través de un ejercicio intelectual, sino por una profunda percepción de la presencia de Jesús y Su sobrenatural ayuda en cada detalle de mi vida. Su cercanía hizo desaparecer mi desesperanza y toda intención de suicidarme.

Nunca antes había tocado siquiera una Biblia, pues había rechazado toda concepción religiosa. Sin embargo, cuando tuve oportunidad de leerla yo misma, me quedé asombrada: todas las experiencias físicas y espirituales que había vivido estaban explicadas allí.

Me mudé a Tokio para estar más cerca de Lidia y sus amigos de La Familia Internacional, algunos de los cuales eran extranjeros. Entonces tomé conciencia de otra milagrosa transformación que se había producido en mí. El profundo resentimiento que albergaba hacia los extranjeros se había desvanecido. Es más, me casé con un inglés llamado Steven. Había aprendido que el amor de Dios no es válido únicamente para mí, sino para todo el mundo.

TEIKO FRAMPTON ES MIEMBRO DE LA FAMILIA INTERNACIONAL EN EL JAPÓN. ●

# LA PAZ DE DIOS

## Paz interior

La paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús. *San Pablo, en Filipenses 4:7*

Si no tenemos paz en el alma, el consuelo ajeno no nos hará más bien que una zapatilla de oro a un pie gotoso. *John Bunyan*

La paz no proviene de la ausencia de conflictos, sino de la presencia de Dios. *Anónimo*

El estrés, las presiones y la confusión de la vida diaria a veces nos agobian. No obstante, en cualquier momento podemos hacer una pausa y acceder a la presencia de Dios por medio de la oración, para encontrar serenidad y renovar nuestro ánimo. *Perlas de Sabiduría*

No te inquietes, pobre corazón convulsionado, que la paz es señal clara de que Dios nos sonrío. Su amor enmienda todo error, calma todo altercado. Ama y vuelve a amar, siempre con espíritu apacible. *Edith Willis Linn*

Jesús dormía en la barca. Las olas se encrespaban, el viento rugía y la tormenta azotaba a la pequeña embarcación. Sus discípulos estaban atemorizados: temían por su vida viendo la fuerza del viento y de las olas. Acudieron a Jesús y lo despertaron, rogándole que los salvara. Él tenía la solución. Ordenó al mar: «Calla, enmudece», y hubo paz. El viento cesó, y sobrevino una gran calma<sup>1</sup>. Sea lo que sea que nos turbe, nosotros también podemos hallar paz si acudimos a Jesús. *Abi May*

Deja que Mi Espíritu descienda sobre ti y te llene de paz. Deja que fluya en tus pensamientos, se mezcle con tu espíritu y te infunda fuerzas. *Jesús<sup>2</sup>*

## Paz con quienes nos rodean

Vivid en paz; y el Dios de paz y de amor estará con vosotros. *San Pablo, en 2 Corintios 13:11*

Todos desean la paz; mas pocos se ocupan de aquello que atañe a la paz. *Tomás de Kempis*

Las obras de amor son siempre obras de paz. [...] La paz comienza con una sonrisa. *Madre Teresa*

Al decir: «Ama a tu prójimo como a ti mismo» (Mateo 22:39), Jesús nos dio la clave de la felicidad. Y debemos recordar que el prójimo es todo aquel que se cruce en nuestro camino, no solo nuestros allegados. Cuando no nos tratamos unos a otros con amor, nos buscamos problemas. No es aventurado afirmar que todos los males que afligen al mundo de hoy tienen su origen en la falta de amor a Dios y a los semejantes. Aun en una sociedad tan compleja como la actual, el sencillo amor a Dios y al prójimo sigue siendo la solución. Si amamos a Dios, podemos amarnos entre nosotros y seguir las normas divinas que nos brindan vida y libertad y hacen posible que alcancemos la felicidad. Así todo marchará bien y hallaremos contentamiento en Dios. *David Brandt Berg*

A veces resulta difícil portarse bien, sobre todo con las personas que no han obrado rectamente contigo. Pero Yo no dije: «Trata a los demás como te tratan ellos a ti». Mi código de conducta está muy por encima del concepto que se suele tener de lo que es justo. Quiero que vivas en un plano más elevado. Cualquiera puede portarse bien con quienes lo tratan bien. Sin embargo, quien es capaz de portarse bien con los que lo tratan mal tiene para Mí más mérito y goza de más bendiciones. *Jesús*

## Paz en un mundo atribulado Paz con Dios

Bienaventurados los pacificadores, porque ellos serán llamados hijos de Dios. *Jesús, en Mateo 5:9*

Aguardamos con ilusión la época en que el poder del amor sustituya al amor al poder. Entonces nuestro mundo conocerá las bendiciones de la paz.

*William Gladstone*

La paz no es una relación entre naciones. Se trata de una actitud psicológica que proviene de la serenidad del alma. La paz no es simplemente la ausencia de guerra. Es también un estado de ánimo. La paz duradera solamente está al alcance de los pacíficos.

*Jawaharlal Nehru*

Es precisamente el rechazo del amor de Dios y de las leyes que Él instituyó por amor lo que torna a los hombres en seres egoístas, duros, despiadados y crueles. He ahí el origen de la insensibilidad y dureza con que el hombre trata a sus semejantes, las cuales saltan a la vista en el atribulado mundo actual, sometido al yugo de la opresión, la tiranía y la explotación. Cientos de millones son víctimas gratuitas del hambre, la desnutrición, las enfermedades, la pobreza, el desamparo, el exceso de trabajo y los abusos, eso sin mencionar los tormentos de la guerra y la pesadilla de vivir con un perpetuo sentimiento de inseguridad y miedo.

*David Brandt Berg*

Rogad por los que sufren en este momento los horrores de la guerra. Necesitan vuestras oraciones, y cada uno de ellos me necesita a Mí, el Príncipe de Paz. *Jesús*

Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo.

*San Pablo, en Romanos 5:1*

Aunque a tu alrededor cundan la guerra y la confusión, puedes tener paz en el corazón. Basta con que invites a Jesús a entrar en tu vida por medio de una simple oración. Él dice: «He aquí, Yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye Mi voz y abre la puerta, entraré a él»<sup>3</sup>. *David Brandt Berg*

«El temor [reverente] del Señor es seguridad inexpugnable; Sus hijos tendrán en Él refugio»<sup>4</sup>. He prometido ese refugio a todos los que creen. Sin embargo, pocos se aventuran a entrar en él. Te digo, amado Mío, que te apartes y entres en Mi refugio, que te ampires bajo Mis alas. Conocerás así Mi amor y Mi paz. *Jesús*

<sup>1</sup> Marcos 4:35-41

<sup>2</sup> Las palabras que se atribuyen a Jesús y que no van seguidas de una referencia bíblica se recibieron directamente de Él en respuesta a oraciones.

<sup>3</sup> Apocalipsis 3:20

<sup>4</sup> Proverbios 14:26, JER

DE JESÚS, CON CARIÑO

# Perdonar es divino

Uno de los dones más grandiosos que concedo a las personas es la capacidad de perdonar. Forma parte de la naturaleza y esencia de Dios, y cuando ejercitas ese don adquieres talla divina. Tienes la capacidad de perdonar y de elevarte por encima de la mezquindad de los mortales.

Para la mayoría de la gente, decidirse a perdonar a alguien es uno de los actos más difíciles que hay, sobre todo si el perdón es inmerecido. Cuesta porque es contrario a la naturaleza humana. Ésta demanda venganza y retribución. Pero ¿por qué dejarse empantanar por la naturaleza humana?

Si bien vine al mundo para traer perdón y salvarte de tus pecados, también vine a librarte de la naturaleza humana. Cuando me aceptaste como tu Salvador, recibiste una porción de Mi naturaleza sobrehumana. No obstante, la medida en que esa naturaleza sobrehumana rija tu vida depende de ti, y se ve reflejada en tus decisiones. Dado que una de las características más sobresalientes de Mi naturaleza es la prontitud para perdonar, tu buena disposición en ese sentido es un claro indicador de cuánto permites que Mi naturaleza sobrehumana gobierne tu ser.

El hecho de que la persona que procedió mal contigo merezca o no el perdón no es lo medular del asunto; lo importante es que tú obres bien. En realidad, nadie merece ser perdonado. Quien ha obrado mal, en justicia merece una sanción. Sin embargo, el perdón trasciende la justicia. La justicia es humana; el perdón, divino.

Perdona a quienes te han ofendido, así como tu Padre celestial te perdona a ti.